

# LA AUSTRIADA.

## CANTO PRIMERO.

Trátase del origen de los moriscos, y del estado en que el mundo se hallaba cuando se rebelaron, y qué causas tuvieron para ello. Determinaron alzar rey, y hacen reseña de la gente que hay útil para el ejercicio de la guerra, con un ardid extraño.

Las armas de Filipe Augusto canto,  
Y aquel su hermano heroico y no vencido,  
Que en guerras alcanzó renombre tanto,  
Triunfando de la muerte y del olvido;  
La santa liga y el naval quebranto,  
El otomano orgullo entristecido  
Por la mas clara y próspera victoria  
De euanas fueron dignas de memoria.

Diré de Europa los sucesos varios,  
La pérdida de Chipre lastimera,  
Y sangrientas escuadras de contrarios  
Que en fuerte hora ocuparon su ribera;  
Casos he de escribir extraordinarios,  
Cuya recordacion estar debiera  
Esculpida con oro en mármol duro,  
Para memoria eterna en lo futuro.

No invocaré las musas, ni son parte  
Para darme socorro en tal historia,  
Ni llegare á pedir favor á Marte,  
Ni á Apolo que enderece mi memoria;  
No escribo de sugeto á quien el arte  
Pueda industriosamente añadir gloria,  
Ni me hará gastar tiempo perdido  
La vana pompa del hablar fingido.

Dejando pues la bárbara doctrina,  
Invoco de las causas la primera,  
Eterna Majestad, que es una y trina,  
En quien la vida vive que se espera,  
Porque infunda en mi voz gracia divina,  
Son vivo y eficacia verdadera;  
Que no hay subir tan alto humano aliento  
Sin quedar engañado y ser violento.

Y vos, primero rey de las Españas,  
A quien el sumo Rey que rige el cielo  
Del orbe cometió partes tamañas,  
Que adoran su bondad con santo celo;  
Pues tanta parte sois de las hazañas  
Que celebrando en versos me desvelo,  
Mostradme atento oído y pecho humano,  
Que, si es mía la voz, vuestra es la mano.

En tanto pues; oh ejemplo sin segundo!  
Que llega el tiempo en que la pluma mia  
Ose hacer de vos historia al mundo,  
Que á vuestro ceptro debe monarquía,  
Oíd la justa causa en que me fundo,  
Que ya mi pecho siente la armonía,  
Y se esfuerza á cantar notables cosas  
Al son terrible de armas espantosas.

Después que, por pecados de la gente,  
Aquel legislador supersticioso  
Que de la esclava Agar fué descendiente  
Turbó tanto el católico reposo,  
Y los enormes odios del Oriente  
Llegaron hasta el fin prodigioso  
De establecer imperio al otomano  
La injusta saña de uno y otro hermano,

La presuncion, el mando y la riqueza  
Del Turco, poderoso en nuestros daños,  
Crecieron á la par con su grandeza  
En breve espacio de infelices años;  
De cuyos fundamentos y firmeza  
Resultaron después males tamaños,  
Que se mostraron bien al descubierto  
El remedio dudoso, el daño cierto.

Y nuestra madre santa, piadosa,  
Con su casa y reliquias celestiales,  
Vino á poblar, devota y religiosa,  
Los términos que son occidentales;  
Mas Africa, insolente y belicosa,  
Tocando al arma siempre á sus umbrales,  
Y otras civiles guerras, han causado  
Tormenta esquiva en su tranquilo estado.

Dejo la variedad y la mudanza  
Que en esta larga tempestad ha habido,  
Y aquel naufragio horrible de venganza  
Que urdió el aveve conde fermentido.  
No trato del temor y la esperanza,  
Ni de varios efectos que han tenido,  
Porque todo lo digno de memoria  
Tiene ya su lugar en cada historia.

Mas la resolucion de aquesto sea  
Ver las dificultades y fatigas  
Que á nuestra edad opone y acarrea  
La multitud de gentes enemigas.  
En cuanto baña el mar y el sol rodea  
Se aperciben espadas y lorigas  
Contra la religion, y á Dios pluguiera  
Que solo en esto el daño consistiera.

No viéramos á Francia, que solia  
Resplandecer con fe tan poderosa,  
Que á las otras naciones excedia,  
Y en tierra y cielo se hacia gloriosa,  
Andar agora por diversa via,  
De suerte que la vida licenciosa  
Inficiona y corrompe con malicia  
La importante salud de la justicia.

Las llagas penetrantes y mortales  
Y el destemplado humor contagioso  
Amancillan los miembros principales  
Para hacer estrago mas dañoso;  
Lujuria y gula dan los temporales  
Que alimentan el cáncer venenoso,  
Produciendo su fruto lastimero  
Lo que sembró el maldito y vil Lutero.

De tí ¿qué he de decir? ¿oh Ingalaterra!  
Después que la católica Maria  
Depositó el real cuerpo en la tierra,  
Y el alma subió al reino de alegría;  
¿Qué de calamidades, cuánta guerra,  
Sectas, muertes, infamias, tiranía,  
Pervierten la costumbre y modo honesto  
En que su ejemplo y vida te habian puesto!

La feroz Alemania, que pudiera  
Al Turco resistir osadamente,  
Por ser la que en Europa mas se esmera  
En gruesa artillería y brava gente,  
Discorde entre si vive en esta era,  
Frenética del misero accidente,  
Los ojos de la fe desalumbados,  
Envuelta en noche oscura de pecados.

Y aquellas que á los bárbaros hicieron  
En otro tiempo menos denodados,  
Y á los cristianos reyes acudieron  
Con fuertes escuadrones bien armados,  
Otras parecen ya, no las que fueron:  
Solo tienen los títulos pasados;  
Sus nombres son Hungria y Transilvania,  
Y en todo lo demás son Alemania.

Flandes, que ya fué amigo sospechoso,  
Agora es enemigo declarado;  
Que el novelero vulgo, sedicioso,  
En guerra injusta campo trae formado.  
La rebeldía, el uso belicoso,  
Y del septentrion el clima helado,  
Apocan y consumen finalmente  
Los tesoros del Rey, armas y gente.

No trato del afan cotidiano  
Con largo sufrimiento padecido,  
Ni de las guerras que el valor hispano  
En tales asperezas ha vencido;  
Que su virtud y esfuerzo sobrehumano,  
En tantas pruebas visto y conocido,  
Nueva historia requiere, nuevo canto,  
Y no es posible aquí obligarme á tanto.

¡Oh reinos malamente pervertidos!  
¿Por qué vuestra pasión así os engaña?  
¿Oh! ¿cómo no os lastiman los gemidos  
Que lanza con razón la madre España?  
No el gran tropel de citas<sup>1</sup> descreídos,  
Ni el de africanos es quien ya nos daña,  
Pues vuestras diferencias obstinadas  
Pertrechos suyos son y armas osadas.

¿Sois los dientes de Cadmo por ventura,  
Terrible parto de la airada tierra,  
Que con ferocidad inicua y dura  
Se consumieron en esquiva guerra?  
¿Oh gran vergüenza, grave desventura!  
Oh engaño que á su costa tanto yerra,  
Volver la espada contra sus entrañas,  
Y darse por despojo á las extrañas!

Mas ¿dónde me transportan estos males,  
Que á fuerza me sacaron del camino,  
Por medio de asperezas desiguales  
De horror sangriento y de furor malino?  
No son para cantar miserias tales,  
Aunque á otras dar la vuelta determino;  
Mas si el tocallas causa algun disgusto,  
Concedáse el quejar á un dolor justo.

Dolerme debo yo, quejarme quiero  
De un hado acerbo, de un suceso duro,  
Y dar al mundo indicio verdadero  
Porque sienta el dolor en que me apuro.  
Dentro de España (¿oh caso lastimero!),  
Piedra de Pedro y de la Iglesia muro,  
Alteracion diabólica y sangrienta  
Al cielo hace ultraje, al orbe afrenta.

Vense en ella banderas arboladas,  
Lanzas en cuja y flechas venenosas  
De perdidas naciones rebeladas,  
Que osaron emprender nefarias cosas;  
Tambien se ven iglesias abrasadas  
Con abominaciones monstruosas,  
Y un arrogante mozo que se halla  
Rey desta dura y pertinaz canalla.

¿Es insolencia aquesta? ¿Caso es este  
Para pasar callando entre renglones?  
Razon permitirá que manifieste  
El proceso de tantas divisiones;  
Porque, volando el tiempo, no moleste  
Con variedad, que engendra confusiones,  
Comienzo pues la historia memorable,  
No menos dolorosa que notable.

En la provincia fértil y abundosa  
Por donde el Bétis baña el reino hispano  
Y estampa en la ribera deleitosa  
El nombre que le quita el Oceano,  
Granada se ve allí, ciudad famosa,  
Asi porque es cabeza á un reino ufano,  
Como porque el benigno y cortés cielo  
Le temple el aire y enriquece el suelo.

Llamóse Iberia, y tuvo antiguamente  
Su asiento donde es hoy la sierra Elvira,  
Humilde habitacion de pobre gente,  
Que solo en cultivar puso la mira,  
Hasta que vino la agarena gente  
Ejecutando el fuego de su ira,  
Y, misera, dejó á los siglos todos  
La infelice memoria de los godos.

Es fama que la dueña sin ventura,  
Principio y ocasion de tantos males,  
Reducida á la extrema desventura,  
Sus desgracias allí gimio fatales;  
Lloró su desastrada hermosura,  
Haciendo aquellos ojos rios caudales,  
De donde nació el fuego que á Rodrigo  
Hizo de sus estados enemigo.

<sup>1</sup> Escitas.

La penosa afliccion del bien perdido  
Y el gran remordimiento del pecado,  
A Nata (que tal era su apellido)  
Aborrecer hicieron lo poblado,  
Que suele ser descanso al afligido  
Estar de soledad acompañado;  
Y así, esta dama por camino incierto  
Se retrujo á una cueva en el desierto;

Adonde los iberios se pasaron  
Poco después, ciudad fundando nueva,  
La cual tambien de Nata intitularon,  
Y Gar, que significa entre ellos cueva.  
Los altos edificios se encumbraron,  
Y la experiencia hizo clara prueba  
De cuanto á la Vandalia quilataba  
La máquina que allí se comenzaba.

Mejorando continuo, al fin, de suerte,  
Con el propicio revolver del cielo,  
A ser lugar acreditado y fuerte,  
No solamente levantó su vuelo,  
Mas cabeza de un reino tal, que advierte  
Cualquier remoto habitador del cielo  
Ser rico, inexpugnable y abundante  
De cuanto al trato humano es importante.

Y así, aunque con ardid, esfuerzo y maña  
Recuperó la baptizada gente  
El resto todo de la insigne España  
Mas gloriosa que difícilmente,  
Solo este reino, con osada saña,  
No solo no humilló la altiva frente,  
Mas hizo al cristianismo fuertes daños  
Continuos setecientos y mas años.

A cuya causa siempre se comia  
Pan con dolor, bañado en triste llanto,  
Y el sueño pocas veces carecia  
De bélicos rebatos y quebranto;  
Y así, cualquiera rey que sucedia,  
Con ira justa y con desdén santo  
Procuraba librar desta manciella  
Al reino valeroso de Castilla.

Hasta que de Aragon vino Fernando  
Para ser de Isabel esposo dino,  
Y tener, como tuvo, de su bando  
En sus acciones el favor divino;  
Tanto, que á los antipodas domando,  
Hizo, á gloria y honor del Uno y Trino,  
Estar suspenso el orbe de la tierra  
Con pura religion, justicia y guerra.

Y por tan justa ser la de Granada,  
Movió sus justas armas invencibles  
Contra la fuerza arábiga obstinada  
De enemigos osados y terribles.  
La empresa fué sangrienta y porfiada,  
Los casos della casi que imposibles,  
Porque se requeria que en sustancia  
Igualase el trabajo á la importancia.

No contaré yo aquí el proceso largo  
De aquella famosísima conquista,  
Ni menos pensaré que esté á mi cargo  
Hacer de aquellos héroes clara lista;  
Mas digo en su alabanza y mi descargo  
Que cada cual daría á un coronista  
Noble materia de capaz sugeto  
Para hacer su estilo mas perfecto.

Y que, después de tantas novedades,  
Suertes, peligros, trances y proezas,  
Ganadas villas, sitios y ciudades,  
Altos castillos, bravas fortalezas,  
Donde las generosas calidades  
Llegaron á la cumbre sus finezas,  
El Católico Rey domó á Granada,  
Victoria mas que todas deseada.

Permite pues que un poco me dilate  
(¿Oh curioso lector!), y que te diga  
El dulce fin del áspero combate  
Antes que el comenzado se prosiga.  
Nunca la guerra hubiera tal remate,  
Ni tal premio obtuviera su fatiga,  
Si Isabel, mas que el fénix sola y rara,  
Presente en el real no se hallara.

No cual la madre del cobarde Nino  
Suplió esta falta en hábito indecente,  
Si bien con el esfuerzo peregrino  
Acaudilló en batallas tanta gente,  
Sino como mujer de aquel divino  
Fernando, y como reina tan prudente,  
Que su valor y tocas delicadas  
Prestaban el denuedo á las espadas.

No mené las armas con sus manos,  
Como en Efeso un tiempo las mas dinas,  
O la guerrera virgen que á troyanos  
Entre las huestes persiguió latinas;  
Que los triunfos de Marte soberanos  
Son del femineo sexo obras indinas:  
Mal parecen varones femeniles,  
Y no bien las mujeres varoniles.

Así que esta honestísima señora,  
Observando los límites de dama,  
Fué de ejércitos firme protectora,  
Echando nuevos cargos á la fama;  
Leyes fundó que duran hasta ahora,  
Y Astrea misma las abraza y ama,  
Con las otras hermanas cardinales  
Que tuvo juntas con las teologales.

El victorioso rey ya comenzaba  
A entrar por la ciudad que se rendía,  
Y muy de corazon la saludaba  
De parte de la Iglesia sacra y pia.  
«Aquí donde el error ciego reinaba,  
Tu ley florecerá, mi Dios, decía,  
Y donde ejercitaban torpes vicios,  
Te ofreceré debidos sacrificios.»

Turbado vino luego el de Granada  
A dar las llaves y pedir la mano;  
Lo cual hecho, humillóse, y lastimada  
Alzó la voz, diciendo, casi insano:  
«Si en alguna manera consolada  
Pudiera ser mi pena; oh rey cristiano!  
No fuera poco alivio al bien perdido  
Saber quién eres tú, que me has vencido.»

«Mas pues la grave causa de mi lloro  
Excede á todo humano sufrimiento,  
Perdido el reino, piérdase el decoro,  
Descúbrase la fuerza del tormento;  
Tuya es mi tierra, tuyo mi tesoro  
Y la enojosa vida que sustento,  
Que dura mas de aquello que debria,  
Solo para mayor desdicha mia.»

«Padrastró me fué en vida el padre mio,  
Y por sello también, después de muerto,  
El odio transirió en mi cruel tio,  
De mis tragedias instrumento cierto.  
Mas no es en fin del vulgo el desvario  
Todas las veces adivino incierto,  
Pues grande siendo, poderoso y rico,  
Por mal agüero me llamó el rey Chico.»

«¿Qué provincia de trato hay tan ajena,  
Que lo esté de entender mi desventura?  
Pues los condes en Cabra, y en Lucena  
Los señores me traen por orladura,  
Ligado el cuello á misera cadena,  
Apocado el semblante y la figura.  
Nunca plega ya á Dios nazca persona  
Que las prisiones mezcle á la corona.»

A questo Abenabdalla referia,  
Sus desgraciados casos lamentando;  
Mas el gran vencedor, que no podia  
Estalle mas, de lástima, escuchando,  
«No vencen los ejércitos, decía,  
En el número y fuerza de su bando,  
Sino en virtud de Dios, á quien la gloria  
Se debe atribuir de la victoria.»

También le aseguró que la clemencia  
Divina le tendria de su mano,  
Y que conoceria en la experiencia  
Obras, no de enemigo, antes de hermano,  
Si al Evangelio diese la obediencia  
Como buenoy católico cristiano,  
Para gozar después el premio eterno  
Y escapar de las penas del infierno.

De un tal afecto y gracia acompañaba  
Fernando la doctrina verdadera,  
Que del pecho infiel desarraigaba  
A aquella vana ceguedad primera;  
Al rayo de la fe se calentaba,  
Cual se suele ablandar tratable cera  
A los del resplandor del rojo Apolo,  
Cuando está en medio de uno y otro polo.

Indicios qué dió luego conocidos  
De haber de convertirse, y los clamores,  
Que mueven á piedad de los vencidos  
El poder libre de los vencedores,  
Con otras condiciones y partidos  
Hechos por abrazar daños menores,  
Segun el tiempo y ocasion presente,  
Favorecieron la victoria gente.

Y así, quedó el rey Chico en Almería  
Con un atruendo honesto y limitado,  
Conservando el renombre todavia  
De rey para consuelo de su estado.  
También para pasar en Berbería  
O quedar en España de su grado,  
A todos los demás se dió licencia,  
Las puertas ensanchando á la clemencia.

Unos se fueron, otros se quedaron,  
Aquestos por su rey, aunque perdido,  
Aquellos porque al punto abominaron  
Las tierras habitar que habían perdido;  
Mas no por eso en el partir dejaron  
De saludar con llanto y alarido  
El dulce gremio de su patria amada,  
Que llevan en las almas estampada.

El Rey y Reina vuelven á Castilla,  
Dejando de aquel reino la tenencia  
Al conde valeroso de Tendilla,  
En armas señalado y en prudencia;  
Y así, nunca se tuvo á maravilla  
Después la rectitud y suficiencia  
De que usó en la republica reciente,  
Y en compartir la sospechosa gente.

Unos se empadronaron en Granada,  
A cierto barrio grande reducidos,  
Que fué una poblacion edificada  
De ciertos venedizos y huidos  
De aquella mortandad tan celebrada  
Y memorable á cuantos son nacidos  
(Yo digo la batalla milagrosa  
Que llaman de las Navas de Tolosa).

Y por ser de Baeza naturales  
Los mas de los que el sitio edificaron,  
Llamáronle Albaecin, y otros no tales  
La e y la c en y y en z mudaron.  
Aquí pues unos, otros en Casales,  
De la vega y del valle se arraigaron,  
Y muchos en las villas de la sierra  
Que llaman Alpujarra en esta tierra.

Son decisiete leguas de longura,  
Que miran á levante y al poniente,  
Y extiéndense con once por la anchura  
Entre Granada y aguas del Tridente;  
Fria montaña, penascosa y dura,  
En valles honda, en cerros eminente,  
Dispuesta para engaños y celadas,  
Motines, asechanzas, emboscadas.

Esta dispusición inexpugnable  
Del sitio, y la terrible servidumbre,  
Cuanto mas nueva, mas intolerable  
A los que libertad tuvo en la cumbre,  
Y aquella obstinacion abominable  
Que de Dios los privaba y de su lumbre,  
Al arma los volvió para venganza,  
Con mas temeridad que confianza.

Mas no costó barato aquel motivo,  
Aunque fué sin sazón ni fundamento;  
Pues, sobre la matanza y bado esquivo  
De algunos hombres fuertes que no cuento,  
Tendrá Córdoba siempre el dolor vivo,  
Igual con la razon y sentimiento  
Que se debe á la muerte presurosa  
De un hijo por quien ella es mas famosa.

¡Oh prenda cara ilustre! ¡Quién pudiera  
Tu ingenio y tu valor mayor que humano  
En voz cantar que perdurable fuera  
En todo cuanto abraza el Océano!  
Que si el acerbo fin no previniera  
El largo paso de tu orgullo ufano,  
Tú fueras, don Alonso, en todo el mundo  
Mayor que fué tu hermano sin segundo.

Como pues fuese el de Aguilar ya muerto,  
Que espejo fué de aviso y valentía,  
Y la rebelion al descubierto  
Corriese mas sin freno cada día,  
A tantos desconciertos un concierto  
Al Rey le pareció que convenia,  
Que los presentes impetus templase  
Y el tiempo venidero asegurase.

Fueron las condiciones del partido  
Tales, que facilmente redujeron  
El pueblo sedicioso y atrevido,  
Excepto algunos que á Marruecos fueron.  
Parece que después atento oido  
A la verdad del Evangelio dieron,  
Cuyos misterios altos y concetos  
Obraron, aunque en vasos imperfectos.

Que ya á Dios uno y trino se volvieran,  
Y al cándido bautismo se llegaban  
Tantos, que mal entre ellos parecian  
Los que en su pertinacia se obstinaban;  
Inconvenientes dello procedian,  
Que bien por experiencia se notaban;  
Y así, para el remedio conveniente,  
Preciso se les dió el orden siguiente:

Que quien ser no quisiese fiel cristiano,  
De la fiel España se partiese  
Al reino de los moros mas cercano,  
Adonde mas á cuenta le viniere.  
Cumplióse aquesto, y fué un acuerdo sano,  
Porque el abrojo al trigo lugar diese;  
Y quedaron entonces divididos  
Los pertinaces de los convertidos.

Mas, como lengua ni hábito mudaron  
Y es mala de olvidar vieja costumbre,  
Morabitos después les ofuscaron  
Sin gran dificultad la nueva lumbre;  
De África y de Asia, en la Alpujarra entraron  
Moros y turcos bien sin pesadumbre,  
Cubiertos, como Ulises el artero,  
Dentro en la piel vellosa del carnero.

Especialmente aquellos que lanzados  
Habian sido del edito urgente,  
Eran bien acogidos y hospedados  
Del vecino ó amigo ó del pariente,  
A quien con mil denuestos porfiados  
Siempre decian: «¿Cuál razon consiente  
Que un miserable género de vida  
Como la misma muerte nos divida?»

«No son tan poderosos nuestros daños  
Cuanto nosotros flacos ser debemos,  
Pues el nudo que dieron tantos años  
De ley, sangre y amor desconocemos,  
Y vamos á poblar reinos extraños,  
Los unos porque el nuestro aborrecemos,  
Los otros, por quedarnos en España,  
Hacemos profesion de ley extraña.»

¡Oh vergonzoso extremo de flaqueza!  
Oh ciega confusion! Oh desventura!  
¿Dónde está agora aquella fortaleza  
De quien apenas la memoria dura?  
¿Cómo se empobreció nuestra riqueza?  
¿Cómo se hizo nuestra fama oscura?  
Y lo que peor es, ¿cómo sufrimos  
Vivir sin restaurar lo que perdimos?»

Estas exclamaciones y despechos,  
Y la camina sed de novedades,  
Que al vulgo escandaliza en sus provechos,  
Mayormente atinando á libertades,  
Bastaron á encender los tibios pechos  
Y torcer las mudables voluntades;  
Que el terno de las furies fabricaba  
Negocio de que tanto interesaba.

Fué la conjuración puesta en efeto,  
Y así los hombres mozos como ancianos  
Juraron á su modo que en secreto  
Serian enemigos de cristianos,  
Y que, llegado tiempo mas perfeto,  
Con armas se alzarían en las manos,  
Para hacer en nombre de Mahoma  
La guerra desde España hasta Roma.

Por Africa la fama tendió el vuelo,  
Y luego dió consigo en el Oriente,  
La trompa resonando sin recelo  
De ciudad en ciudad, de gente en gente;  
Vuelta á mano derecha, pasó el hielo  
Del norte frio, y revolvió al poniente  
Con volar lento, y fué porque reporta  
La nueva mas despacio á quien le importa.

Y aun luego que llegó no fué creida;  
Que la noble virtud no comprende  
La vil maldad, ni queda persuadida  
A que otro erró, si claro no lo entiende;  
Mas la intencion dañosa y corrompida  
Tan licenciosamente el paso tiende,  
Que, causando de sí larga noticia,  
Incita, mueve, irrita á la justicia.

Así que, del propósito estupendo  
No pudo estar el fin disimulado;  
Antes, al paso que iba el mal creciendo,  
Era por toda España divulgado;  
Mas no se castigaba el caso horrendo,  
De condigno, por ser un caos turbado;  
Que el delito que á muchos pone culpa  
La misma muchedumbre lo disculpa.

Aunque en tal caso mas seguro fuera  
La furia del rigor anticiparse,  
Que, siendo grave el mal, grave debiera  
La medicina ser para curarse.  
Era costumbre desta nacion fiera  
En trabajos y afan ejercitarse  
Sin pena, porque aun desde que mamaban,  
Sus padres en dureza los criaban.

Al agua, al aire, al frio y al sereno  
De industria algunas veces los ponian,  
Cuando de Capricornio el gran terreno  
Las noches largas en extremo enfrian;  
Y cuando Febo en el ardiente seno  
Del can rabioso está, también solian  
Hacer el mismo ensayo, y desta suerte  
Era su decendencia brava y fuerte.

Después la agilidad, la fuerza y maña,  
El ser muy alentados y ligeros  
Eles enseñaban, ora en la montaña,  
Ora en los valles fértiles y otros;  
En vez de lanza, algun baston ó caña  
Jugaban, y hacianse certeros  
De aquellas armas que la tierra cria,  
Tirando no sin premio y á porfia.

No de Lacedemonia aquel severo  
Estilo que Licurgo introducía  
A tal rigor llegó, ni el civil fuero  
La educación á tanto constreñía,  
Ni del Septentrion el reino fiero  
En tales experiencias se imponía,  
Ni los atenienses se imagina  
Que usasen tan extraña disciplina.

Tanta solicitud, tanto aparato  
Andaba entre esta gente endurecida,  
¡Oh pueblo desteal, linaje ingrato!  
Sacerlega nacion, falsa, homicida!  
Bien pudiera salirnos mas barato  
El daño que á lamentos os convida,  
Si la misericordia en vos usada  
No dilatara el golpe de la espada.

También daba lugar á la clemencia  
El pensar que las malas intenciones  
Iban tras vanidad con insolencia;  
Y lejos de llegar á ejecuciones,  
España retribía en su potencia,  
Temida en remotísimas naciones,  
Y el rey Filipe, cuanto poderoso,  
Tanto menos del caso receloso.

Como quien al francés había oprimido,  
Y pasado de Italia sus banderas  
Al norte helado, habiendo aquellas sido,  
Después de las romanas, las primeras;  
Había con valor restituido  
Al duque de Saboya las fronteras  
Y posesión de su perdido estado,  
Negocio al parecer desafiado;

En Africa ganado mil trofeos,  
Y parece que Dios siempre regia,  
En la paz y en la guerra, sus deseos,  
Y que, como tan justos, los cumplía;  
Mas quien saber quisiera sin rodeos  
La causa mas urgente que impedía  
La prevención que entonces importaba,  
Y la razón á voces imploraba,

Sepa que de ministros discordancia,  
Menudear de avisos diferentes,  
Odio, ambición, disignios, arrogancia,  
De emulación pesados accidentes,  
Dieron lugar á que la exorbitancia  
Llegase á mayor mal que inconvenientes,  
Y abriese puerta á conocidos daños,  
Que no se olvidarán en muchos años.

¡Oh eterna celestial Sabiduría,  
Que ves las ignorancias de la tierra,  
Y al hombre andar buscando cada día  
La excusa, y no la enmienda, cuando yerra!  
Infunde agora en la rudeza mía  
Nueva facundia, con que desta guerra  
Explique la graveza, y los pesares  
Se vuelvan desengaños ejemplares.

No andaban los moriscos muy errados  
Para afinar al blanco de su intento,  
Ni en vanas esperanzas sustentados,  
Ni fabricaban torres en el viento,  
Pues eran españoles esforzados,  
Y sus disignios iban en aumento;  
Crecían sus haciendas y linajes,  
Y nuestras guerras y peregrinajes:

Ellos gozando de sus largas vidas  
En los fértiles senos de Vandalia,  
Nosotros en batallas muy renidas  
Con toda la Asia, la Africa y la Galia;  
Nosotros por las ondas homicidas  
Desde el Indo remoto hasta Italia,  
Ellos bien reservados destos daños,  
Teniendo á cuatro hijos en tres años.

De los cuales ninguno profesaba  
Religion, castidad, letras ni guerra,  
Ni vagabundo, al viento velas daba  
Por altos mares lejos de su tierra;  
Una patria comun los albergaba,  
Y un comun ejercicio en llano y sierra,  
Por el cual la gran madre agradecida  
Se mostraba al sustento de su vida.

Tanto, que en menos de una edad entera  
Crecido habían ya y multiplicado  
En número y riquezas, de manera  
Que parecia caso no pensado.  
Previstas estas cosas, ¿quién no viera  
El peligro que estaba aparejado?  
O ¿quién no procurara no pensarlo,  
Si el remedio estuviera en olvidarlo?

Iban tan á lo cierto con su hecho,  
Al paso que las cosas procedían,  
Que, árbítrios en el daño y el provecho,  
Siempre en una balanza nos ponían;  
Igualmente hacia en su derecho  
El bueno ó mal estado en que nos vian,  
Porque los victoriosos esparcidos  
Menos pueden que juntos los vencidos.

Así miraban desde Talanquera  
Las turbulencias del linaje humano,  
Como en el alto roblo el buitre espera  
El fin de algun combate que inhumano  
Trabaron entre sí una y otra fiera,  
Y cuando crece aquel furor insano,  
Tanto se huelga mas la ave glotona,  
Hasta que á los despojos no perdona.

El tiempo daba fuerzas al destino  
De aquella mal nacida y torpe gente,  
Hasta que permitió el favor divino  
Que declinase miserablemente,  
Y comenzó á impedirles el camino  
Nuestro rey, severísimo y prudente,  
Mudándoles el traje á la cristiana,  
Y el arábigo en lengua castellana.

La voz deste precepto, á ellos tan duro  
Como contrario objeto de su intento,  
Hizo portillo al aparente muro  
De su vergüenza, y vióse el sentimiento;  
Porque, desconfiando en lo futuro,  
Trataron de venir en rompimiento,  
Cortando el hilo á muchas prevenciones;  
Que donde hay fuerzas cesan elecciones.

La instancia misma con que se apelaba  
De la nueva ordenanza, y la querrela  
Que de cada morisco se fundaba  
Para excusar el cumplimiento della,  
Era argumento en que se comprobaba  
Cuán buen principio fué el establecilla,  
Cuán importante medio confirmalla,  
Cuán justo y santo fin ejecutalla.

El tiempo volador llegar queria  
Al fin del plazo que les fué asignado,  
De dos años; mas nadie en aljama  
Hablaba, ni mudaba el traje usado.  
Ninguno la premática temía,  
Porque á mas entre sí estaba obligado,  
Y todos de consuno se animaban  
Para el levantamiento que tramaban.

Es la necesidad gran inventora,  
Sutil maestra de artes no aprendidas;  
Tiene de Argos la vista veladora,  
Y del lince las señas conocidas.  
Esta les enseñaba cada hora  
Astucias y cautelas nunca oídas,  
Y entre ellas una que les fué maestra  
Para hacer reseña y tomar muestra.

Fingen que su hospital está sin renta,  
Sin propios ni hacienda competente,  
Y que para remedio desta afrenta  
Importa hallar forma y expediente  
Tal, que el público bien provecho sienta  
Sin que el particular se descontente,  
Porque á servir al alto Dios se atiende,  
Y el prójimo en su nombre se defiende.

Después que un medio y otro fué apuntado,  
Se resolvió, el acuerdo concluyendo,  
En que todo morisco esté obligado,  
Los viejos y mochos eximiendo  
A dar un estipendio señalado  
Porque la devoción vaya creciendo.  
Hecha pues la instruccion, los diputados  
Salieron á los pueblos aliados,

Sembrando horror, soberbia y esperanza,  
Escándalos, orgullo, traicion, guerra,  
Y agramente acusando la tardanza,  
Por quien su hecho dicen que se yerra;  
Así que resultó de la cobranza  
La brava alteracion de aquella tierra,  
Y por padron abierto averiguarse  
La gente que útil era para armarse,

Pasaron de cien mil, ¿quién tal creyera?  
De edad robusta y juveniles años,  
De los cuales ninguno la carrera  
Rehusa de pasar á muerte y daños:  
Todos confirman la intencion primera;  
Y para renunciar los desengaños,  
No de otra suerte cierran los oídos  
Que sierpe á los encantos prohibidos.

Los de las Alpujarras y del valle  
De Leclin, y tambien los de la vega  
Donde el fresco Genil corre del talle  
Que el torcido Meandro á Grecia riega,  
Piden que el Albaicin inquiere y halle  
El modo y tiempo de trabar refriega,  
Y prometen de estar sin alegría  
Hasta que el sol arribe á tan buen día.

Con esto se avivaron los conciertos  
En el mismo hospital, donde ocurriendo,  
So color de tratar remedios ciertos  
Para obras pias, al contrario siendo,  
Los mas entremetidos y despiertos,  
Sobre el negocio torpe confiriendo,  
Al rudo vulgo que escuchaba atento  
Doblaban el malvado atrevimiento.

Estando pues así juntos un día,  
Llegó á deshora un viejo tan anciano,  
Que el tardo paso apenas sostenía  
Con un bordon, temblándole la mano,  
Porque la destemplanza seca y fria  
Ningun sentido le dejaba sano;  
Mas la sangrienta lengua inficionada  
Así formó la voz grave y pesada:

«¿En qué andais vacilando, hijos míos,  
Entre prolijas dudas ofuscados,  
Que os hacen ser remisos y tardios,  
Sin ver la priesa que nos dan los hados?  
Ya la violencia de los grandes rios  
Rompió las puentes y cegó los vados,  
Y pues el agua á la garganta vemos,  
Forzoso es que nadando nos salvemos.

«Si el tiempo nos dejara mas licencia  
Para la ejecucion desta aventura,  
Bien fuera de propósito y prudencia  
Tentáramos agora la ventura;  
Mas; que será de nuestra decendencia  
Si obedecemos la ordenanza dura,  
Siendo contraria en todo á nuestra gloria,  
Y bastante á acabar nuestra memoria?»

«Pudo con las reliquias destrozadas  
De la rota eruel del rey Rodrigo,  
Pelayo, desde cuevas olvidadas,  
Volver pujante contra el enemigo;  
De donde tantas cosas señaladas  
Resultan, que aun ahora es buen testigo  
La dura sujecion que nos ofende,  
Pues es tragedia que de allí depende.

«Y vosotros, que sois sin duda alguna  
Ejército mejor y de mas gente,  
Y en tierra que no es menos oportuna  
Para lidiar aventajadamente,  
Aun no os osais fiar de la fortuna,  
Que siempre ayuda mas al mas valiente,  
Favorece la pronta confianza,  
Desdeña los recelos y tardanza.

«Seréis de Africa y Asia socorridos  
De gentes, vituallas, municiones,  
Y podréis, si quisieredes partidos,  
Pedir aventajadas condiciones;  
Que al cabo es imposible ser vencidos  
Adonde con murallas y bastiones,  
Baluartes, fosos, sitio y aspereza,  
Os hace fuertes la naturaleza.

«Mas sobre todo, en todo caso os pido  
Un rey alcéis, por evitar señores,  
De cuya division han procedido  
Perpetuamente invidias y rancores;  
Y pues que de Granada está ofendido  
Un noble descendiente de Almanzores,  
No hallo para rey mas útil hombre  
Que quien la sangre afronta con el nombre.

«Este por linea recta y masculina,  
De sucesion legitima apurada,  
Es Almanzor, y por la femenina  
Es de los mismos reyes de Granada;  
Tiene talento y gracia peregrina,  
Con una presuncion tan elevada,  
Que nunca pensó menos de que el hado  
Le hubiese para rey predestinado.

«Acuérdaseme ya que me decia  
Mi viejo padre: ¡Oh quien vivir pudiese  
Sin ver la funeral postrimeria  
Hasta que la fatal mudanza viesse;  
Que si la memorable profecía  
Durante esta mi vida se cumpliese,  
Ninguno mas ufano ni jocundo  
Jamás se partiría deste mundo.

«Yo, que del ciego enigma procurando  
Saber la exposicion, era importuno,  
Le oi decir: Sabrás que no sé el cuándo,  
Mas claramente sé que en tiempo alguno  
De regia estirpe nacerá Fernando,  
Restaurador felice y oportuno  
De nuestra libertad y oportuno  
Que así lo ordena el revolver del cielo.

«El linaje, el valor, el nombre veo  
En este concurrir, y así no dudo  
Que la real corona y su trofeo  
Para nadie mejor guardarse pudo.  
Aquesto me parece, aquesto creo,  
Y no penseis ¡oh hijos! que soy rudo,  
Pues me doctrinan tiempo y experiencia,  
Que padre y madre son de la prudencia.»

Nunca se vió materia mas dispuesta  
A recibir la forma competente,  
Que el conclave maldito á la requesta  
Del viejo pernicioso y elocente;  
Ni con celeridad prender mas presta  
En la inflamable arista el fuego ardiente,  
Que en los ya afistolados corazones  
El tósigo conforme á sus pasiones.

Y en fin por general voto se ordena  
Que con asalto crudo y mano armada  
Entren la noche para el mundo buena  
Los de las Alpujarras en Granada;  
Y tomada la Alhambra, horrible pena  
A fuego y sangre sea ejecutada,  
Con tal rigor, que en todo el ancho suelo  
Se borre el cuento del troyano duelo.

«Apriesa por los pueblos comarcanos  
Fué la resolucion del presupuesto,  
Para que tomen armas en las manos  
Cuando en el Albayzin se echare el resto.  
Ya vuelan los discursos inhumanos  
Encaminados al ardid funesto,  
Reforzándose mas cada momento,  
Como se altera el mar creciendo el viento.

Y así anduvieron con secreta maña,  
Insidias de hora en hora maquinando,  
Con el veneno de infernal zizaña  
Que las almas les iba inficionando.  
Abre los ojos, venerable España,  
Mira el trabajo que te está aguardando,  
Llora los hijos que en tus mismos brazos,  
Adulterinos, te harán pedazos.

No las terribles huestes otomanas,  
Ni los soberbios pueblos alemanes,  
Ni bárbaras banderas africanas,  
Son las que te darán estos afanes;  
Mas gentes tumultuosas y villanas,  
Y apostatas esclavos con desmanes;  
Pero no los desprecies, que te digo  
Que es malo dentro en casa el enemigo.

Y si, usada á mirar mayores cosas,  
El presente fracaso no estimares,  
Estima las naciones invidiosas  
Que á la mira estarán de tus pesares;  
Teme las amistades sospechosas,  
Las mas comunes y particulares,  
Y présaga al seguro puerto atiende,  
Que una centella todo el monte enciende.

Mira que el bien con paso tardo crece,  
Y el mal por el contrario apriesa vuela,  
Y muchas veces do el poder fallece  
Abanda la malicia y la cautela;  
Rompe pues el peligro que se ofrece,  
Que ya el rabioso monstruo se rebela;  
No pierdas tiempo, escucha, está en alerta,  
Que ya la furia Aletó está á la puerta.

## CANTO II.

Coronan al rejecillo, y vense presagios y señales en el cielo y en la tierra que anuncian la rebelion. Los moriscos de la Alpujarra acuden la víspera de Pascua á alzarse con Granada; sobreviene tempestad que se lo impide hasta la siguiente noche; lo cual fué causa que los del Albayzin mudasen parecer.

Después que la primera inobediencia Trujo el hombre á tan áspero destierro Cual plugo á la eternal justa sentencia, En pena digna de su grave yerro, Nació la muerte esquiva y la dolencia, La invidia, la codicia, el odio, el hierro, Contrastes desta que llamamos vida, Siendo guerra ordinaria y muy reñida.

Y como el ángel desagradecido A eterna punición fué condenado, Sin que de excusa fuese guarecido, Por ser tan de malicia su pecado; Así el hombre cayó, mas fué inducido, Mas ignorante y menos obstinado, Y Dios Cristo en la vara de justicia Inquirió el ramo de piedad propicia.

Y así, mudó el destierro en voluntario, Abriendo llano paso para el cielo, Si, resistido acá todo adversario, La caridad alzase en alto el vuelo; Mas quiso el hombre á Dios ser tan contrario, Que puso su esperanza en este suelo, Y procuró su bienaventuranza Donde es todo miserias y mudanza;

Donde están de peligros y de males Los caminos cubiertos y atajados, Dellos por ser acaso, son mortales, Dellos por ser temidos, son doblados; Mas destes enemigos desiguales, Contra el linaje humano conjurados, El mas vil, abatido y detestable Es mas perjudicial y formidable.

Este es aquel infame atroz delito Que se llama traición ó alevosía, En quien se incluye un número infinito De torpes vicios que el profundo cria, Y en este confiaba aquel maldito Vulgo que de su Dios escarnece, Queriendo violar la fe y tesoro De la preciosa Iglesia y su decoro.

Dos veces el gran Delio había corrido Sus doce habitaciones celestiales, Y cuatro de hora en hora reducido El día y noche á términos iguales, Después que fué el edicto establecido So pena de castigos capitales, Cuyo desden parece que hacia Crecer en los moriscos la osadía.

Y así, no habían dejado alguna cosa Que no intentasen con igual cuidado Para la sedición escandalosa, Por quien pensaban mejorar de estado; Habían con astucia monstruosa Armas y otros pertrechos allegado, Hecho embajadas y oradores vanos Para diversos principes paganos.

Habían provocado al reyezuelo, Y él aceptado el cargo, aunque terrible, Cual ave sin razón que del seno de Creyó el sonoro canto y apacible, O como pece que el esquivo anzuelo Sorbió, engastado en cebo conveniente, O como el que, encharcando en agua fría, Enfermó de incurable hidropesía.

Si por notables, aunque injustos, hechos La memoria de muchos se derrama, Y á pesar de los céspedes derechos Erostrato alcanzó su torpe fama, Razon es que dejemos satisfechos A los que de entender deseo los llama Las partes deste osado foragido, Y toda la ocasion de habello sido.

Don Fernando de Valor se decía, Alívio mozo y de escabroso trato; Mas nunca se entendió que subiría Jamás á tal manera de contrato. De los antiguos reyes descendía Que en Córdoba tuvieron reino grato; Hacienda tuvo y renta moderada; También fué veinticuatro de Granada.

Usaba en paz política su oficio Como cualquiera noble ciudadano, Sin que de sus costumbres diese indicio Que le enturbiase el crédito cristiano; Y acaso un día en el civil bullicio, Queriendo motejarle de marrano, Le fué el ponerse daga prohibido, De que en extremo se mostró ofendido.

De aquí le resultó prisión dañosa, Y sus émulos tanto le aquejaron, Que por sentencia pública y odiosa A no ceñir espada le obligaron; Con áspera pasión y desdenosa Otras desaventuras le cercaron, De suerte que la nueva del reinado Infame le halló y encarcelado.

O fuese (como pudo ser) por esto, O que sola ambición lo corrompiese, El se determinó de estar opuesto Al riesgo que por todo le viniese, Y á cada cual mandó que al plazo puesto A punto y de buen ánimo estuviere; Que él esperaba con su esfuerzo y maña Ahuyentar las águilas de España.

Don Fernando el Zaguer, que era un su tío, Astuto y curador de su persona, Por confirmalle mas el señorío Trató que se le diese la corona; Fué la solemnidad del hecho impío (Segun por fama cierta se pregona) Bien digna de notar con maravilla, Y no para dejar de referilla.

Siendo en una gran casa convocados De una parte los viudos y solteros, De otra, con sus mujeres, los casados, Un alfaquí sacó un libro de agujeros, Cumplidos por el tiempo, y aprobados De su ley y Alcoran por verdaderos, Dentro del cual leyó una profecía, Cuyo tenor morisco así decía:

«Los árabes, clarísimos profetas, Previstos cursos de constelaciones, Puntos de estrellas, fuerza de planetas, Que acá en el mundo hacen impresiones, Hallamos que oprimidas y sujetas De cristianos serán nuestras naciones Allá en España; mas después, con guerra, Serán señores libres de la tierra.

»El tiempo durará de su destierro Hasta que todos, ya por sí volviendo, Se levanten y enmienden de su yerro, A dulce libertad camino abriendo. La gran diligencia romperá el hierro, Lo cual habrá de ser interviniendo Un mancebo con olio y crisma unguido, Y de real progeñe producido.

»Hereje de su ley será primero, Y habido exteriormente por cristiano, Mas en lo interior y verdadero Será en linaje y fe mahometano.» Esto pronosticó el portento fiero, Y á voces aprobó el vulgo profano, Visto que todo tanto conformaba Y al término presente se ajustaba.

No quedó por decir cómo venia Del firme tronco por la línea reta De aquel que en los abismos gime hoy día Y es adorado dellos por profeta. ¡Oh soberano Hijo de María! Del mundo arranca la maldada seta, Y en el profundo infierno arda con ella Aquel solo inventor perverso della.

Habiendo todos pues determinado Dalle de rey el título y renombre, Quisieron que también, con ley y estado, Desde allí renunciase el primer nombre; Y fué luego resuelto y acordado Que Abenhumeya se apellide y nombre, Por un nieto que tuvo su ascendiente Mahoma, engañador de tanta gente.

Entonces con aplauso le pusieron Al nuevo rey de púrpura un vestido, Y á manera de heca le ceñieron Al cuello y hombros un cendal bruñido; Cuatro banderas á sus pies tendieron, Una hácia el levante esclarecido, Otra á do el sol se cubre en negro velo, Y otras dos á los polos dos del cielo.

Reclinóse sobre ellas, y prostrado Hizo oracion, y luego juramento De morir por su ley, y por su estado Poner aquella vida y otras ciento; Juró de serles rey justificado, Como á vasallos que eran instrumento Para que el reino en él resuscitase, Y el perdido poder se restaurase.

Habiendo así jurado el reyezuelo, En pie se levantaba satisfecho, Cuando por todos uno besó el suelo De donde alzado había el pie derecho; Alzanle en hombros y el clamor al cielo, Alegres y contentos de lo hecho; Hierre el aire el rumor y voz plebeya, Diciendo: «¡Viva el rey Abenhumeya!»

«Celebre y muy festivo sea este día Al sacro rey de Córdoba y Granada, Y Mahoma, que en todo es nuestra guía, Le dé ventura y vida prosperada;» El vano sacerdote repelía Tal bendición con voz mal entonada, Y luego resonaba la plebeya, Diciendo: «¡Viva el rey Abenhumeya!»

Tal forma de elegir reyes se usaba Antiguamente entre ellos, y tal era La presunción con que este mozo estaba, Como si rey pacífico naciera; Y las secretas órdenes que daba, Eran obedecidas donde quiera, Y guardado el secreto; causa espanto Que, siendo tantos, le guardasen tanto.

¡Oh mundo, en fin, sujeto á turbaciones! ¡Cuán bien de tí escarnece el que es prudente, Y de tus variables condiciones Prevenido, se guarda eternamente, Pues la reina sin par de las naciones, El espejo y señora de la gente, Con su reputación y poderío No pudo prevenir tal desvarío!

Materia larga es dada á todo el suelo Con ejemplar y vivo documento, Que el mas ufano vele con recelo, Sospechoso del bien y del contento; Claramente mostrado había el cielo Indicios del extraño acaescimiento, Si del velo mortal la niebla oscura No perdiera de vista esta lectura.

Vióse en el orbe puro de la luna Una extendida línea transparente, Que se extendía á modo de columna Del Alpujarra contra el occidente; Sin forma ni color de nube alguna, Representaba en sí confusamente Riscos, árboles, monte, hombres armados, Y en medio dellos otros enlutados.

Viéronse por el aire otras señales, Aves no conocidas y disformes, Y partos en la tierra de animales Con quimerina proporcion inormes, Y trabajos del sol, que á nuestros males Los sarracenos dicen ser conformes, Así como interpretan su fortuna Segun los accidentes de la luna.

Mas ¿quién de los planetas el aspeto Busca, ni los prodigios celestiales, Cuando el conocimiento mas perfecto Está en demostraciones manuales, Pues no saben jamás guardar secreto A la maldad los ojos corporales, Y en ellos, como en lumbré cristalina, Se nota lo traspuesto y determina?

Así que, quien tuviera buen sentido, Y algunas circunstancias nivelara, Cuanto en su corazón tenía urdido, Escripito á cada cual viera en la cara; Mas Dios los privó dél; que fué servido De que esta sedición se efectuara Para cauterizarte ¡oh noble España! Este maldito cáncer y zizaña.

Vivian todos en cuidado eterno, Solo esperando para levantarse La fría sazón del encogido invierno, Cuando las noches suelen dilatarse, Para con mas espacio y mas gobierno Con las tinieblas en Granada entrarse, Y si necesidad los compeliere, Poderse antes volver que amaneciere.

Quando yacen galeras repartidas Y mal armadas en invernaderos, Las buenas boyas dellas despedidas, Faltas de vitualla y de dineros, Y cuando de las ondas homicidas No se deben fiar flacos maderos, Si bien fuese posible estar á punto, Si no es con arriscallo todo junto.

Querian, como tengo referido, Que noche fuese, y la del Nacimiento, Para hallar el pueblo mas unido, Seguro en ejercicios de contento, Y con la devoción embebecido, Suspenso, tibio, atado y soñoliento, Las casas solas y los templos llenos, Sin armas y las manos en los senos.

Ellos, por el contrario, en arma puestos, Determinados, listos y animosos, Agiles y solícitos y prestos, De presa y de venganza codiciosos, Hallaban por indicios manifiestos Que habían de salir victoriosos, Y sabe Dios si entonces lo salieran, Si nuevas causas no contravinieran.

La noche era llegada milagrosa Que el Hijo eterno de la inmensa Alteza Al mundo hizo muestra gloriosa Del bien que no alcanzó naturaleza, Quedando immaculada aquella Esposa, Virgen y Madre llena de pureza, Y hecho paraíso el pobre suelo Con toda la riqueza y bien del cielo.

El sol del horizonte había partido, Llevando á los antipodas el día, Y la terrestre sombra escurecido El aire con tiniebla inerte y fría; Las lumbrés del octavo habían subido A la mitad del curso que las guía; Helaba á Europa el Capricornio duro, Ayudado del triste y frío Arcturo;

Quando una banda suelta y escogida De aquella juventud vana, perjura, Se acercaba á Granada de corrida Con el secreto de la noche oscura; Era soberbia gente y atrevida, Pronta en el mal, y en el trabajo dura, Cruel, rustica, torpe, cual se cria Quien no obedece ley ni policía.

Estaba el Albayzin puesto en alerta, Esperando de aquellos la llegada, Entre firme temor y gloria incierta, Mas la resolución siempre obstinada; La antigua enemistad les da ancha puerta Para el difícil fin desta jornada, La nueva imposición, la justa pena, La propria culpa y la virtud ajena.

Pocas eran las armas que tenían;  
Mas no solo de aquellas confiaban,  
Sino de berberiscas que atendían,  
Y apriesa noche y día se forjaban;  
Las grandes llamas salamandrias crian  
En las ardientes fraguas que bufaban;  
Los duros yunque ya, de fatigados,  
Se rinden a los golpes porfiados.

Esto saben, y tienen entendido  
Que el estrago cruel que en los cristianos  
Harán, les dejará, sin mas partido,  
Las vidas y las armas en las manos.  
Ya el gallo con su canto y alarido  
Denunciaba a los miserables humanos  
El nuevo declinar del sol ausente  
Hacia el ocaso bajo y nuestro oriente.

La hora se pasaba que elegida  
Para el asalto estaba y la matanza,  
Mas los del Alpujarra en su venida  
El Albayzin acusa de tardanza;  
Ya con helada mano, endurecida,  
El miedo les oprime la esperanza,  
Y ya con nuevo ardor se la renueva  
Cualquier rumor sutil que el viento mueva.

Bien cerca de los muros de Granada  
Llegaba el escuadrón osado y fiero,  
Para darte a sentir con su llegada  
Un confuso dolor y lastimero;  
Mas quiso el cielo justo en la jornada  
Obstáculo poner firme y entero,  
Con que se refrenase aquel malino  
Furor, que iba ya al fin de su camino;

O fuese que el Autor de la natura,  
Segun la ley eterna que le ha dado,  
La hobiese para aquella coyuntura  
De tal forma dispuesto y ordenado;  
O que la Virgen consagrada y pura  
Con la divina gracia haya alcanzado  
Nueva dispensacion, cual requería  
De su precioso Hijo el natal día.

Veis aquí que comienza tramontana  
Fuertemente a soplar del norte frío;  
Ofúscanse los rayos de Diana  
Con globos llenos de húmido rocío;  
Comienza el agua condensada y cana  
A volver do partió con veloz brio,  
Y sin mudar esencia en tiempo breve,  
Cambiando forma, baja hecha nieve.

La furia horrible de los torbellinos  
Cada momento mas se ve ir creciendo;  
Cubre la blanca nieve los caminos;  
También los hombres luego va cubriendo,  
Que van desalumbados y mezquinos,  
Desatinando aquí, y allí cayendo,  
Sin orden, sin aviso, sin consuelo,  
Sin otra cosa ver que nieve y cielo.

Obras son de tus manos, Padre eterno,  
Y mercedes que haces conocidas;  
Que este oficio, Señor, no te es moderno,  
Ni el celo de tu grey jamás olvidas;  
Las aguas suspendiste con gobierno  
Al rojo mar, y estando divididas,  
Dieron camino por el hondo seno  
Al pueblo tuyo, de afliciones lleno.

Otras prerrogativas y favores,  
De que llenas están las escrituras,  
Concediste en los tiempos que mayores  
Del todo se temieron desventuras;  
Por un justo un millón de pecadores  
Esperas a piedad, y no apresuras  
El golpe irrevocable del castigo  
Sin procurar la paz con tu enemigo.

Ya la cándida aurora cristalina  
Nuestro rico horizonte regalaba,  
Y aunque bañada alzó la faz divina,  
Las rosas en belleza atrás dejaba;  
Su gallarda presencia alabastrina  
Con un velo de niebla disfrazaba,  
La cual fué causa que los foragidos  
No fuesen descubiertos ni sentidos.

Habían caminado largo trecho,  
Sin osarse parar un solo punto,  
Porque si esto cesara en tal estrecho,  
La pausa y el morir llegara junto;  
Y alguno que la hizo en tal estrecho,  
Entre el hielo quedó yerto y difunto;  
Los demás, prosiguiendo el curso incierto,  
Tanto corrieron, que tomaron puerto.

Entre unas fuertes rocas, cuya altura  
Parece que confina con el cielo,  
Las poderosas manos de natura  
Tienen minado el peñascoso suelo  
Con una cueva donde noche oscura  
Tiende continuo el tenebroso velo.  
Jamás rayo solar le halló entrada,  
Ni de selvaje fiera fué habitada.

Llena estaba de horror, lento y sombrío,  
El aire espeso, el suelo deleznable,  
Con un polvo imperfecto que natio  
Cubrió la superficie inhabitable.  
Tal esparce la fama a su albedrío,  
Que fué de Caco el techo abominable,  
Y tales como Caco allí se entraron  
Los que en costumbre y casa le imitaron.

Herido de los duros eslabones,  
Escupió el pedernal vivas centellas,  
Y sucesivamente los tizones  
Luego sonaron inflamados dellas;  
Cuando algunos, buscando provisiones,  
Trujeron tantas cabras, que con ellas  
Mataron la gran hambre que llevaban,  
Y previnieron otra que esperaban.

Tomado ya el refresco, y guarecida  
La descomodidad de dentro y fuera,  
La una con substancia de comida,  
La otra con la llama placentera,  
Comienza entre la gente descreída  
Un razonar confuso, de manera  
Que cada cual hablaba, y no se oía  
El mismo las palabras que decía.

Cual estar suele en la solemne fiesta  
Al público espectáculo la gente,  
Alborozada, estrecha, descompuesta,  
Y fuera del decoro que es decente;  
Mas luego que a su vista es manifiesta  
La figura que sale, atentamente  
Oye el teatro, y con la voz de uno  
Está puesto en silencio cada uno;

Así aquel vulgo infame allí se oía,  
Y así también quedó suspenso y mudo,  
A instancia de uno dellos, que pedía  
Por señas atención, y habella pudo.  
«Oh compañeros míos, les decía,  
Bien sé que no hay aquí ingenio tan rudo  
Como este mío inútil y grosero,  
Ingenio al fin de un pobre ganadero;

»Mas la razon, el tiempo y el desco  
Me obligan a deciros lo que siento,  
Y el valor firme que en vosotros veo  
Me da para hablar atrevimiento.  
Esta fuera la hora, segun creo,  
Que, si no se opusiera a nuestro intento  
El recio temporal, toda Granada  
Tuvieran nuestros brazos asolada.

»Adviertoos esto, no porque se entienda  
Que la buena ocasion haya pasado,  
Ni porque yo, señores, me pretenda  
Eximir del negocio comenzado;  
Antes porque se ofrece mejor senda  
Si remitimos el suceso y hado  
Esta noche al arbitrio de fortuna,  
Que no es malo acertar de dos la una.

»Si el hallar los contrarios la pasada  
En sus iglesias buena suerte fuera,  
¿Cuánto os parece mas aventajada  
Esta que la que viene nos espera,  
Pues dormirá la gente descansada,  
Como quien ya veló la noche entera,  
Sepultada en un sueño tan profundo,  
Que no despierte hasta el otro mundo?

»No es la multitud, no, siempre en la guerra,  
La mejor parte ni la mas segura:  
Testigos dello son en mar y tierra  
Jérjes y Dario, reyes sin ventura;  
Esto sélo yo bien, porque en la sierra,  
Aunque pastor, me di un tiempo a letura,  
Y en medio de mi rústico ejercicio,  
Imité de los sabios el oficio.

»La determinacion, furia y denuedo,  
La preminencia del anticiparse,  
Causar al enemigo espanto y miedo  
En la primera forma de mostrarse,  
Prometen de victoria el premio ledo  
A quien sabe del tiempo aprovecharse,  
Y el que es acometido escapa tarde  
De falto de consejo ó de cobarde.

»Acometidos, ciegos, ignorantes  
Estarán en aquel pueblo perdido,  
Y pensarán algunos que gigantes  
Somos que del infierno hemos salido;  
Otros, que con ejércitos pujantes  
Las lunas de Asia á España han decendido;  
Y en fin, será al remate deste engaño,  
Nuestro el atrevimiento y suyo el daño.

»Oh, cuántos reinos estarán atentos  
A la hazaña ilustre que emprendemos,  
Y á cuántos encubiertos pensamientos  
Materia de disignio ofreceremos!  
Cuán ricos, cuán ufanos y contentos  
En dulce libertad nos hallaremos,  
Si deste yugo y carga tan pesada  
Cortamos las coyundas con la espada!»

No dijo mas, y todos repitieron  
En alta voz las últimas razones,  
Y con bárbaro aplauso señal dieron  
De unánimes tener los corazones;  
Mas entre tanto que estos compusieron  
Aquellas licenciosas conclusiones,  
El Albayzin no fué en establecellas,  
Antes en rehusallas y temellas.

Con saber que, demás de la potencia  
Del Turco, tienen á Africa vecina,  
Cierta el socorro y la correspondencia,  
Pues la Alpujarra con el mar confina,  
Y mas estando ciertos que en Valencia  
Y Ronda hay multitud luciferina  
Aliada con ellos en linaje,  
Intento, profesion, deseo y lenguaje.

Causas eran aquestas suficientes,  
Estando la maldad tan adelante,  
Para romper cien mil inconvenientes  
Un pueblo ciego en tiempo semejante;  
El cual, segun el voto de prudentes,  
Era sin duda número bastante  
A poner la ciudad en tanto aprieto,  
Que nunca se alabara del efeto.

Así que ya la trama estaba urdida,  
Bien á costa del noble reino hispano,  
Donde la fe católica se anida  
Y el verdadero término cristiano,  
Si no fuera su fuerza enflaquecida  
Y disipado su furor insano  
Solo por la mudanza no esperada  
De aquellos que habitaban en Granada.

La noche toda habían esperado,  
Puestos á punto para rebelarse,  
Entre las asperezas del cuidado  
Y determinacion de aventurarse;  
Mas luego que de aquel furor pasado  
Tuvieron algun tiempo de enmendarse,  
Mudando parecer, se maldecían,  
Y al propuesto que tenido habían.

»Oh cuán sabia maestra es la experiencia,  
De los avisos madre verdadera,  
Y cómo, en fin, sin ella no habrá ciencia  
Que pueda introducir noticia entera!  
Notable suele ser la diferencia  
Que traen las cosas vistas desde fuera  
De aquello que despnes con el efeto  
Mudan y alteran en cualquier sugeto.

Que habían estos con afecto extraño  
Deseado gran tiempo el que tenían,  
Sin que lugar tuviese desengaño  
Contra la obstinacion en que vivían;  
Y de aquellos que un término tamaño  
Con tal astucia procurado habían,  
La dilacion de un día los retire,  
¿Quién puede haber que dello no se admire?

Tal su cara mujer y hijos llama,  
Como si un año hubiera estado ausente,  
Y con lágrimas tiernas que derrama  
Los saluda y abraza estrechamente;  
Otro con suspirar el aire inflama,  
Doliéndole su yerro intensamente;  
Y cada cual, en fin, se reconcilia  
De nuevo con sus deudos y familia.

Así que, de diversas opiniones  
Se ve esta gente, y la que ya venía,  
La una, moderando sus pasiones,  
Volver la rienda á mas segura vía;  
La otra, pertinaz en sus traiciones,  
Buscar la sedicion y tiranía,  
Siguiendo del error la furia insana  
Con la rabiosa sed de sangre humana.

Las horas vuelan, y el ligero paso  
Del cielo con el curso cotidiano  
Tras sí llevaba el sol, de luz escaso,  
A bañarlos en las ondas de Oceano,  
Donde sin dilacion dejó en traspaso  
A la tiniebla oscura el aire vano;  
La noche desplegó sus negras alas,  
Cubierta y manto de las obras malas.

Estaban los moriscos escondidos  
En la cueva escurísima profunda  
Mientras la prima pasa, y advertidos  
De marchar comenzando la segunda;  
Siendo pues ya del tiempo persuadidos,  
Con hora á sus intentos mas jocunda,  
Concitados de espíritu malino,  
A Granada enderezan su camino.

«Silencio! espacio! todo el mundo alerta!»  
Iban diciendo, y reparando á trechos,  
Cual suelen ir á la parada cierta  
Los cazadores, della satisfechos.  
»Oh infelice de aquel que errando acierta,  
Y halla para daño los provechos!  
Estima la hormiga á buena suerte  
Las alas que la llevan á la muerte.

»Adónde vais, decid, gente perdida,  
Solicitando vuestro agravio mismo?  
¿Qué costumbre y maldad envejecida  
Os precipita en el tartáreo abismo?  
La gracia celestial, que concedida  
Os fué en el agua santa del bautismo,  
¿Qué fruto de virtud ha producido,  
Pues la verdad habeis desconocido?

Yo os digo pues que la debida pena  
De vuestras insolencias y pecados  
Os tiene de esparcir en tierra ajena,  
A perpetuo destierro condenados;  
Y metidos en áspera cadena,  
En vano llorareis bienes pasados;  
Que para mas dolor os serán tales  
Los que llamais agora acerbos males.

Iréis por los desiertos solitarios  
Desnudos, miserables y mendigos,  
Martirios padeciendo extraordinarios,  
Sin que alguno os admita por amigos;  
El cielo justo os llamará contrarios,  
Los hombres, fementidos y enemigos;  
Seréis siempre vecinos sospechosos,  
Hechos en todo á Dios y al mundo odiosos.

La muda noche en sueño á los mortales  
Tenia envueltos, y el profundo olvido  
Curaba los trabajos corporales  
Y cuidados del ánimo afligido,  
Cuando aquellos ministros infernales  
Llegaron al lugar constituido,  
Habiendo muerto algunas centinelas  
Por dar mejor principio á sus cautelas.

Con temerario orgullo y osadía  
En el cuartel morisco se lanzaron;  
Adonde á la sazón rumor no había  
Ni seña de las que antes concertaron;  
Tanto, que cada cual desconocía  
El sitio mismo, y todos se turbaron  
De aquella novedad, que no sabían  
Quién fuese causa; y entre sí decían:

«¿Dormimos ó velamos, compañeros?  
¿Qué tierra es esta á que hemos arribado?  
Si no es el Albayzín, de muy groseros  
Debemos el camino haber errado;  
Si es él, ¿do están agora los guerreros  
Que con tanta eficacia han procurado  
De mucho tiempo atrás nuestra venida  
Como total remedio de su vida?»

«¿Qué es del orgullo? ¿Qué es de las banderas,  
Los pertrechos y máquinas secretas?  
¿Qué es del estruendo? ¿Adónde están las veras?  
¿Dónde también las lanzas y escopetas?  
¿Cómo para partirse delanteras  
Las mujeres y edades imperfectas,  
No cargan el bagaje á toda furia,  
Teniendo la tardanza por injuria?»

Estas exclamaciones y otras tales  
Sembraban con recelo y altiveza,  
Escudriñando atentos los umbrales  
Por inquirir el fin de la extrañeza,  
Cuando sintieron voces, que formales  
Estas fueron: «Dejaos desa simpleza;  
No andéis en vano aquí haciendo alarde,  
Hermanos, que venis pocos y tarde.»

Oída la respuesta desdeñosa,  
Replican sin tardar desta manera:  
«¡Oh gente infame, vil y mentirosa,  
Canalla con razón percedera!  
No penseis que la vida vergonzosa,  
Por quien huís la gloria verdadera,  
Aseguráis con vuestra cobardía;  
Que antes la perderéis por esa vía.»

«¿Quién salta foso, y tarde se arrepiente,  
Ni bien llegado tuvo pensamiento  
Ni vuelve á do partió, y forzosamente  
Halla el peligro en su arrepentimiento;  
Así el pasado brio impertinente,  
Y el presente fingir falso escarmiento,  
Oshán de abandonar en el profundo  
De todas las miserias deste mundo.»

Tras esto, comenzó á echar un bando  
En alta voz, y dijo el pregon fiero:  
«Abenhumeya, rey de nuestro bando  
Natural y señor mas verdadero,  
Os manda que no estéis disimulando  
Con el temor servil de ajeno fuero,  
Certificándoos que á su cargo toma  
El defender la secta de Mahoma.»

«Y que ya el de Marruecos ha venido  
A ligarse con él para esta guerra  
Con ejército grande y corregido  
Y absoluto poder en mar y tierra.»  
Así acabó, y al punto un alarido  
Hirió el aire, atronando llano y sierra,  
Al son de gaitas y de tamborinos,  
Que incitaban los ánimos malinos.

Sembrado aquel escándalo, se fueron  
Con otros pocos que tras sí llevaron,  
A los cuales, no solo persuadieron,  
Pero á todos los mas que allí quedaron;  
Mas con nuevo discurso que hicieron  
Para estar á la mira se guardaron;  
Aquellos van, en fin, al reyezuelo,  
Y estos quedando esperan con recelo.

Ya del levantamiento escandaloso  
Por toda la ciudad rumor se oía,  
Y el novelero vulgo bullicioso  
Sus lenguas sin compás desenvolvía,  
Cuando el caudillo pronto y valeroso  
Que dentro del Alhambra residía,  
Viendo las cosas en confuso estado,  
El camino eligió mas acertado.

Don Inigo Hurtado entonces era  
Sucesor y legítimo heredero  
Del que por fama ilustre y verdadera  
En aquel reino alcaide fué primero;  
Su hijo don Luís le sucediera;  
Así que, era don Inigo el tercero,  
No desigual al padre ni al abuelo  
En ánimo, en prudencia, en justo celo.

Y la clemencia de sus buenos hados  
Señal dió clara en ocasión tan ciega,  
Porque los muchos pueblos conjurados  
Que habitaban la fértil y ancha vega,  
Estaban prevenidos y citados  
Para mezclarse á un tiempo en la refriega  
Al helicoso son de dos cañones,  
Marchando apriesa con sus escuadrones.

Debe notarse que Inigo el prudente  
Había acaso dado para armarse  
El mismo contraseno entre su gente  
Si viesen los moriscos levantarse;  
Mas, venido el tumulto y accidente,  
No quiso hacer muestra de alterarse;  
Así que, en los escándalos mayores  
Mudó sus pareceres en mejores.

Mandando que soldado ni artillero  
Tirase pieza ni hiciese estruendo;  
Lo cual fué salvamento verdadero  
Del naufragio que se iba pareciendo;  
Porque luego con impetu guerrero  
Los de la Vega, el contraseno oyendo,  
Se vinieron cubriendo los caminos  
Hasta los altos muros granadinos.

Ya los del Albayzín necesitaran  
A declararse; y como descubiertos  
Los unos y los otros asaltarán,  
De morir ó vencer del todo ciertos,  
Los que iban á la sierra se tornarán,  
Abriendo puerta á nuevos desconciertos.  
Mirad de cuán livianas ocasiones  
Se viene á colmo de íntimas pasiones.

En esto el alba da con luz dudosa  
Indicio de la cierta y verdadera,  
Y el Marqués sin recelo subir osa  
Al Albayzín, que rabia y desespera;  
Mas él con elocuencia generosa  
Comienza á conhortalle de manera,  
Que fué reparo á su congoja extraña,  
Y heroico beneficio para España.

Porque si el Albayzín se saqueara  
Con disoluta militar licencia,  
Como el voto comun con voz muy clara  
Tenía pronunciada la sentencia,  
De sana y de temor se rebelara  
El Alpujarra toda en competencia,  
Y no se refrenara fácilmente  
El soberbio furor de tanta gente.

Por esto el de Mondéjar les obliga  
Mostrando tener dellos buen conceto,  
Y sus neutrales ánimos mitiga  
Con artificio de orador perfeto;  
«Desechad el temor y la fatiga,  
Les dice, y cada cual esté quieto,  
Amigos, que no habrá quien os ofenda:  
Gozad en paz las vidas y hacienda.»

«Aquellos insolentes del ruido  
Serán según su culpa castigados,  
Y vosotros, que habeis fieles sido,  
Según vuestra bondad remunerados;  
Que yo tengo por cierto y entendido  
Que hombres infames y desesperados,  
Por mas que hagan, no podrán haceros  
Buscar desasosiego en que perderos.»

Fué de aquel eficaz razonamiento  
La persuasión y efeto poderoso,  
Tal, que á todos sacó de pensamiento  
Las dudas y el orgullo escandaloso;  
Y así, con general contentamiento  
Se encomendaban al Marqués piadoso;  
Y ofreciendo obediencia verdadera,  
Comiénzanle á hablar desta manera:

## CANTO III.

Vuelve la gente que había salido á reconocer qué camino habían hecho los moriscos. El marqués de Mondéjar sale en su seguimiento, y no pudiendo alcanzarlos, se vuelve á Granada. El reyecillo se junta con su gente en Béznar, y entra en la Alpujarra haciendo grandes crueldades. Vuelve el Marqués á salir, y da batalla á Abenhumeya.

Grandes cosas descubre el pensamiento  
Tan á perder de vista, que el sentido  
Se turba, y no da fuerzas á mi aliento  
Que basten á cumplir lo prometido;  
¡Oh madre de la gracia, por quien siento  
El corazón devoto y encendido,  
Gobierna y rige tú mi débil mano,  
Porque mi pluma exceda al vuelo humano!

No canto yo en sofística armonía  
El fabuloso imperio de fortuna,  
Ni afirmo con licencia de poesía  
Que puede haber á caso cosa alguna;  
Los cielos hizo quien los cielos guía,  
Y cuanto está debajo de la luna  
Al mismo Hacedor está sujeto,  
Que es de todo la causa y el objeto.

Este Legislador de la natura  
Dejó en el hombre libre el albedrío,  
Con el mas noble ser de criatura  
Del mundo, y dióle dél el señorío;  
Mas, como es hijo de la tierra dura,  
A tal dureza llega y desvarío,  
Que olvida, embriagado en su miseria,  
La immortal forma por la vil materia.

Ríndese al apetito en torpe guerra,  
Y quiere en el pecar salvoconduto;  
Tanto, que, errando siempre, tanto yerra,  
Que hace ley su gusto disoluto;  
Como el profeta falso que en la tierra  
Para el infierno impuso el gran tributo;  
Que agora es causa aquí de mis querellas,  
Pues de su fuego son estas centellas.

Granada ya en quebranto estaba puesta;  
Y el Marqués, previniéndose á la guerra,  
Esperaba por horas la respuesta  
De hombres que fueron á correr la tierra  
Para saber la vía manifiesta  
Por donde se volvieran á la sierra  
Aquellos temerarios precursores  
De todos los escándalos y errores.

Estando pues suspenso, aunque alterado,  
El pueblo, lleno de rumor de gente,  
Llegó la nueva que se había esperado,  
Y relación del bando inobediente.  
Febo, que en el austral solsticio helado  
Mostraba entonces su dorada frente,  
Tenía la brevísima jornada  
En dos iguales partes nivelada.

La Alhambra hizo el son pesado y fiero,  
Las vegas y los montes retumbaron,  
Y muchas madres con temor sincero  
Sus hijos á los pechos apretaron;  
Las aves prestas el volar ligero  
Al cerco de la luna levantaron,  
Y en toda la ciudad se oyó ir creciendo  
Un disonante y helicoso estruendo.

Como al orgullo y grita de monteros,  
Los canes de que Irlanda mas se esmera,  
Corriendo vienen bravos y ligeros  
Cuando se halla la selvaje fiera,  
Los altos riscos, ásperos y fieros,  
No hacen tarda la veloz carrera,  
Ni el monte espeso ni el zarzal esquivo  
Refrenar pueden el feroz motivo;

Así, rompiendo priesas y embarazos,  
Que trae consigo la primer jornada,  
Algunos se escaparon de los brazos  
Donde su fuerza amor tenía empleada;  
Otros aun no esperaron los abrazos  
De anciano padre ó madre lastimada;  
Que cuando el templo januo abrir se siente;  
Amar y obedecer es ser valiente.